

LA OTRA GENERACIÓN POÉTICA DE LOS 50 (PRÓLOGO DE JOSÉ ROMERA CASTILLO)

Luis GARCÍA JAMBRINA

(Madrid: Universidad Nacional de Educación
a Distancia, 2009, 178 págs.)

En el ámbito de la crítica poética, y por lo que se refiere a las llamadas «promociones» o «generaciones», es fácil observar dos tiempos netamente diferenciados. Sería el primero el de la *gregarización* o *cristalización* de los poetas pertenecientes a ellas. Se trata de una etapa excluyente, pues para hacer funcional, en estos primeros momentos, a un grupo de poetas, es necesario reducir su número: no poner coto a los nombres haría la nómina incontrolable y reduciría sus posibilidades de supervivencia en los medios críticos y académicos. Es, por tanto, la aplicación a la poesía de la lucha por la vida en la que están inmersas las especies: o que los más dotados — sin que se trate aquí, necesariamente, de un asunto de calidad— prevalezcan sobre sus congéneres o el caos. También por eso esta primera etapa de gregarismo se presenta centrípeta: todo remite al grupo, a sus señas de identidad comunes, menospreciando lo que pueda haber en cada miembro de impulso creativo diferenciado. Surge así ese núcleo inicial: una tarjeta de visita, tan esquemática e injusta como se quiera, pero evidentemente eficaz en la consolidación de los sucesivos relevos poéticos.

Llega después —cuántas veces tras arduos afanes— la siguiente etapa: un período ya de *liberación* o de *individualización*. En ella, pierde energía lo colectivo y prima lo diferencial de cada poeta. Se trata ahora de un movimiento centrífugo. La nómina se abre a otros nombres coetáneos y en ellos —al igual que en los que formaban parte de la lista primigenia— se busca justamente aquello que los hace distintos.

Me parecían pertinentes estas precisiones para cimentar los comentarios que siguen a la nueva contribución crítica de Luis García Jambrina: una monografía titulada *La otra generación poética de los 50*, que el profesor salmantino elaboró al amparo —véase el Prólogo de José Romera Castillo— de una Beca de Investigación «Miguel Fernández» (2005), concedida, de común acuerdo, por la UNED y por la Ciudad Autónoma de Melilla. Y el estudioso es consciente de los peligros que puede suponer aquella primera etapa que antes describía: la pereza de críticos y lectores no pocas veces llega a blindar durante demasiado tiempo el exclusivismo de los poetas ungidos por la fortuna. El deshielo se hace difícil y, cuando llega, es a costa del esfuerzo de unos cuantos desmarcados del criterio común: «todo este proceso —escribe Jambrina— ha provocado tanto la sobrevaloración de algunos de tales autores como el consiguiente olvido de otros, que, por efecto del reduccionismo implícito en el método generacional, se han visto relegados en las antologías, encuentros, estudios de conjunto o manuales de Historia de la Literatura Española» (pp. 17-18).

Ciertamente, entre los más perjudicados por este modo de proceder, está un buen número de poetas adscritos a la órbita de dos promociones que se sucedieron —a veces, sin solución de continuidad— en el tramo central del siglo XX y dentro de la llamada *Generación poética de los 50*: me refiero a las que llevan las etiquetas respectivas de *Promoción de los 50* y *Promoción de los 60*. García Jambrina le dedica a esta última la parte cualitativa y cuantitativamente más sustanciosa de la monografía. Es encomiable, pues no cabe duda de que fueron los poetas que la componen unos grandes perjudicados por la fortuna generacional: a la zaga de una promoción brillantísima —Claudio Rodríguez, José Manuel Caballero Bonald, José Ángel Valente, Carlos Barral, Ángel González, Jaime Gil de Biedma, José Agustín Goytisolo, Francisco Brines: son los ocho que el propio Jambrina compendió en *La promoción poética de los 50*, antología publicada por Austral (2000; 3.^a ed., 2007), de la que este libro es un excelente complemento— y casi apagados por la siguiente —la llamada de los *Novísimos*— que con tanta espectacularidad supo saltar al podio. Invisible, pues, durante años para la mayoría de esas minorías lectoras de poemas, ese grupo clave en la evolu-

ción hacia nuevos hallazgos poéticos tuvo que conformarse con escribir en una semiclandestinidad de la que le costó mucho emerger. García Jambrina hace aquí, con rigor, la crónica de ese viaje al prestigio de los recopilatorios y de los manuales: a la visibilidad, en suma.

Así se fue configurando una nómina, tan extensa como renovadora —aunque no rupturista— respecto al legado recibido, y cuyas características peculiares quedan pormenorizadas en la monografía que me ocupa; a saber: a) Neobarroquismo como actitud estética y como visión del mundo; b) Apoyatura de poema en elementos culturales previos; y c) renovación lingüística y rítmica. Ciertamente, estos tres elementos se ponen al servicio de un objetivo angular en aras a la edificación de la nueva poética: acercarse algo más a «lo desconocido por definición», al «misterio del mundo». Jambrina habla, en consecuencia, de «el adentramiento en zonas desconocidas o poco exploradas de la vida, como el sueño, la magia, lo oscuro, o imposibles de conocer, como el misterio, lo sagrado y lo óntico» (p. 35). No podrán extrañar estas palabras ni la fascinación del crítico por una pléyade de poetas que se sitúan al límite de lo real: él mismo, cuando se trasmuta en narrador —sus relatos cortos, su reciente novela *El manuscrito de piedra* (Alfaguara, 2008)— pisa idénticas zonas fronterizas. Claro que su empatía en ningún caso mella el rigor con el que se enfrenta, tras dilucidar suficientemente lo colectivo, a algunos nombres determinantes del grupo: Joaquín Benito de Lucas, Jesús Hilario Tundidor, Ángel García López, Rafael Soto Vergés, Félix Grande, Ricardo Defarges, Joaquín Marco, Agustín Delgado, José Luis Tejada y Diego Jesús Jiménez, «un caso ejemplar», a juicio del estudioso, no sólo por la extraordinaria coherencia y calidad de su obra, sino porque en él pueden mirarse, como en un espejo, los desengañados de la fama: hombre excluido de nóminas y de antologías al uso, el tiempo —«juez supremo e insobornable» (p. 91)— ha acabado por elevarlo, ya en los años 90, a un sitial de honor, según corresponde a una obra extremadamente sobria, pero de intensidades muy poco frecuentes. Debo añadir que, en el estudio de los poetas citados, convergen dos andaduras que son constitutivas de lo que Luis García Jambrina —su doble perfil— representa hoy en el ámbito crítico: el universitario meticuloso hasta el escrúpulo, que se demora en situar los textos analizados bajo todas las luces posibles, y el colaborador periodístico, de mirada rápida y rapaz, afilada y sintética, que debe llegar al núcleo del libro comentado en apenas unas líneas. Como ejemplo de la primera forma de proceder, destacaría ante el lector (al margen de las páginas dedicadas a Diego Jesús Jiménez) el sosegado estudio del que se beneficia José Luis Tejada (Puerto de Santa María, 1927-1988). Hay en él una lectura poliédrica —a un tiempo rei-

vindicativa y analítica— que abarca desde los temas amoroso y existencial hasta una poesía religiosa estrechamente entreverada al amor, pues, como escribe, certero, Jambrina, «el amor no sólo aparece, en su poesía, como el único camino de salvación ante el continuado y doloroso sentimiento de desarraigo y orfandad del poeta, al descubrir en la amada la posibilidad de una matriz ontológica, una *razón de ser*, sino también como la única esperanza de poder superar la angustiosa soledad, a través de la trascendencia en los otros hombres, considerados, a su vez, como hermanos de un mismo padre, Dios. De hecho, este amor tejadiano, que supera el plano meramente subjetivo para aspirar a un amor fraterno, universal y totalizador, se fundamenta en el amor de Dios, en el *amor Dei*, como aquel amor que preside y determina el resto de formas amorosas que explora el poeta» (p. 88). En el otro sentido —el golpe de vista vertiginoso sobre un autor o un libro—, pueden señalarse algunas notas fragmentarias como las dedicadas a Félix Grande (concretamente, a su libro *Puedo escribir los versos más tristes esta noche*), a Ricardo Defarges (apenas una hoja volandera), a Joaquín Marco o a Agustín Delgado. Tal alternancia de ritmos, lejos de ser un demérito, imprime a la obra un movimiento original, que rompe la monotonía de la lectura.

La segunda parte del trabajo, como quedó insinuado arriba, está dedicada a «Otros poetas de la Promoción poética de los 50». Se centra el crítico en esos creadores más o menos «descolgados» de grupúsculos periféricos o del epicentro mismo generacional. Así, entre «los excluidos del grupo catalán», se fija, con toda justicia, en nombres como Alfonso Costafreda o Enrique Badosa; entre los «andaluces excluidos u olvidados», estudia a Julia Uceda, Fernando Quiñones, Julio Mariscal Montes y Carlos Murciano (podría recordarse, también, a su hermano Antonio); en fin —y sin tener en cuenta ya procedencias regionales—, entre los marginados, por una u otra razón, de las listas canónicas, tiene en cuenta Jambrina a María Victoria Atencia, Tomás Segovia, José Corredor-Mateos («uno de los poetas más singulares de su generación», p. 118), Rafael Guillén, Manuel Padorno, César Simón, Luis Fera, Vicente Núñez («que estuvo sin publicar entre 1957 y 1980, con lo que también quedó fuera de toda posibilidad promocional», p. 127) y Jesús Lizano, uno de los poetas menos resignados frente al «silenciamiento al que se han visto sometidos algunos poetas por parte de lo que él define como *el poder literario*» (p. 127). Un caso especial —porque «es el paradigma del poeta que se ha abierto camino al margen de su generación y, en ocasiones, en abierta polémica con ella» (p. 127)— lo constituye Antonio Gamoneda, a quien el crítico dedica algunas de las páginas más sugerentes de esta segunda parte. Luego, en la órbita del «realismo mágico», hallamos

las presencias de Gabino-Alejandro Carriedo y de Ángel Crespo. Ciertamente, es el sitio de este último; el primero, sin embargo, no parece bien ubicado aquí: ni su fecha de nacimiento (1923), ni su contribución a la poesía —al menos, desde una perspectiva dialéctica— justifican, a mi juicio, este trasvase generacional. Su trabajo creador tiene, sin duda, resonancia y sentido más adecuados si se le contempla en su papel dinamizador —jovialmente subversivo— de aquella enlutada, solemne, severísima primera promoción de posguerra.

Y ni que decir tiene que me ha interesado mucho —como interesará al posible lector— la reivindicación, por una parte, de lo que llama el estudio «Poetas tardíos y secretos» (Agustín García Calvo, Carlos Pujol, Luis Izquierdo, Juan Manuel Rozas, Fernando Aínsa, Emilio Alarcos, quizá también desubicado, mas quien no tiene sitio tiene derecho a estar en cualquier sitio) y, por otra, la presencia de los «poetas transgenéricos», marbete llamado a ser fecundo y que incluye —se nos explica— «a aquellos poetas que o bien son conocidos, sobre todo o principalmente, por el cultivo de otros géneros distintos a la poesía, o bien incorporan poemas a su obra narrativa, dramática o ensayística. O las dos cosas a un tiempo» (p. 146). Desfilan por este apartado Antonio Pereira, que acaba de cruzar sus últimos umbrales, y Miguel Espinosa, al que Jambrina dedicó un libro muy hermoso que, lamentablemente, no recoge en la Bibliografía final, de todas formas generosa, reposada y utilísima (pp. 159-178).

Verá el lector, en fin, que *La otra generación poética de los 50* es un estudio que presenta —en el fondo y en la superficie— muchas irisaciones y casi todas sorprendentes. La perspectiva utilizada procura en todo momento evitar lo trillado y alertar nuestra sensibilidad de lectores: estamos, por eso, ante un estudio de estudios; aporta nombres, hipótesis, certezas; pero apunta, sobre todo, un cúmulo de posibilidades que alguien debería reelaborar críticamente. Es lo propio del maestro cuando su magisterio se hace más fecundo: inquietar, señalar en la lejanía maravillosas revelaciones a cuyo encuentro deberán ir sus discípulos.

Antonio Sánchez Zamarreño
Universidad de Salamanca